

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, agosto de 1953

Núm. 1014

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

El cirio del francés

LA locomotora silbaba, y el tren de Miranda a Haro iba a partir, cuando un mozo riojano gritó:

—¡Re... Diez! ¡Estas cosas no le pasan a *naide* más que a mí! ¡Hel... ¡Usted el de los galones en la gorra!

—¿Que quiere V.?—dijo airado el jefe.

—Pues *ná*, que *después* de *mercao* el billete, ahora salimos con la jaculatoria que no hay asiento. ¡Cuerno! Ya silba otra vez.

—Entre V. ahí—dijo por fin el empleado, abriendo la portezuela de un coche de primera.

—¡Dios guarde a ustedes!—exclamó Millán, echando las alforjas sobre la alfombra.

Dos caballeros ocupaban el compartimiento: ninguno contestó a aquel cortés y cristiano saludo.

Millán pensó que sería moda entre la gente de primera dar la llamada por respuesta. Sentóse modestamente como aquel que teme estorbar, colocando las alforjas entre los pies. Admiraba tantos almohadones, hasta por el techo.

En tanto, los otros dos viajeros seguían su conversación. Uno tenía acento extranjero

—Si ya le digo a V. que a rico no le ganarán muchos países, pero a cerril tampoco.

—Mas ellos vagan miseables. ¿Qué hacen con el dinego?

—Pues lo gastan en los santuarios y se lo dan a los curas para misas y novenas

—¡Qué fanatismo!

—E ¿cómo llaman ellos esa imagen?...

—La Virgen de la Vega, de quien creen estos paletos que manda en la lluvia, y que da monises y salud.

—¡Croyez *celá* et *buvez* de *l'eau*!—protrumpió el francés riendo socarronamente.

Su compañero añadió procazmente:

—En fin, un país de mastuerzos, y una Virgen de tantas, que los curas explotan.

—¡Miente V. con toda su boca!—estalló Millán enfurecido.

Ambos interlocutores se volvieron hacia él.

—¿Y quién eres tú, zoquete, para meterte donde no te llaman?

—Yo soy quien—replicó Millán levantándose—para meterle a V. en su cuerpo maldecio sus últimas palabras.

Difícil es prever lo que hubiera sucedido en aquel momento, cuando los contendientes estaban mirándose como leones, y el extranjero, horripilado ante la idea de ver aparecer las *navacas*, si no se hubiese presentado el interventor, diciendo:

—¡Los billetes, caballeros!

Envalentonado el compañero del francés, con la presencia del empleado, desbarró contra el fanatismo de los baturros, y contra las empresas que por no poner un coche más exponen a las personas decentes a un lance con un pollino.

Millán alegó que, en decencia, todos somos hijos de Dios; y que los mejores son los que no se avergüenzan de su Padre, ni se las echan de hombres desbarrando contra la religión.

Puesto en claro el derecho, los viajeros de comercio mudaron de conversación hasta que a poco llegaron a Haro. Se apearon del tren despidiéndose a la francesa precipitados a coger el coche que los condujo a la fonda. Millán que contaba con los quince minutos de parada, se quedó hasta asegurarse de que no le faltaba nada de sus encargos, pero al salir advirtió un periódico abandonado, y debajo de él una cartera con papeles que tomó y guardó.

Al llegar a su casa contó a su madre la tía Bastiana, cómo había viajado en primera clase y cómo los señorotes que halló en el coche habían puesto a la Virgen de la Vega peor que un *pial*.

—¡María Santísima! ¡qué judíos! ¿Y qué has hecho?

—¡Toma! Sacar la cara por la Virgen

—Bueno, hombre, ¡no faltaba más!

Y ya iba a descargar una *quantía* al mas deslenguado cuando vino el «abujereador de los billetes».

Millán después de haber enseñado a su madre la cartera, sin darle impor-

tancia, dijo: ya veremos mañana lo que es esto, y se acostó.

Aquella noche tuvo largo rato la manía ¿para qué llevarán los señoritos y los franceses dos casacas de verano? Y preocupado en esta idea sospechó si al francés al ponerse la segunda casaca se le pudo caer la cartera.

Y en efecto, al levantarse se puso a examinarla y así él, como su madre adivinaron que aquellos papeles que había en la cartera estaban en francés y contenían valores.

Convinieron, pues, en lo que se debía hacer.

Los dos viajeros pasaron toda la noche sin poder pegar los ojos. Quejábanse los señoritos de las camas, de la cena y del disgusto que habían tenido en su viaje. Pero lo que más desvelados los tuvo era el rumor que en Haro corría de los muchos casos de cólera ocurridos a corta distancia.

Sabido es que cuando uno es más despreocupado en religión, es tanto más impresionable y conservador de la pelleja.

El francés, al levantarse empezó por poner en orden sus asuntos y papeles. De pronto, deteniéndose caviloso, en medio de su habitación, lánzase luego al armario, busca en todas partes su cartera y cae en una silla, gritando con voz ahogada:

¡*Mon Dieu!* ¡*Je suis volé!* ¡*Au secours!*
(¡Dios mío! ¡Me han robado! ¡So-corro!)

Acudió su compañero de viaje, los dueños de la fonda, que no sabían cómo explicar el caso, ni quién podría ser el ladrón, y hablaban de dar parte a la autoridad, y de avisar por telégrafo y de registrar la casa, y de mil proyectos más.

En estos momentos llamaban en la escalera de la fonda

—Deo gracias.

Pero ninguno escuchaba, porque la noticia del robo les hacía atender a lo principal

¡Ave María!—repitió más fuerte la voz.

—Sin pecado concebida—respondió la criada—¿Hay aquí un francés?—dijo Millán. Y entró con mucha tranquilidad en la estancia donde se hallaba el viajante, pálido y desenchajado; y después de haber saludado cristianamente, entregó la cartera a su dueño con sencillez, diciendo:

—Esto creo sea de V.; mire si le falta algo.

—¡Oh, señor!—exclamó aquel tan estupefacto como conmovido; ¡pero esto que V. hace es una acción muy honrada! La cartera contiene más de tres millones de francos.

—Lo mismo hubiera sido que fueran cien—observó Millán,—yendo a tomar la puerta.

—No se marche V. señor,—exclamó el francés impresionado. Tome cuarenta duros de gratificación. Millán, retrocediendo, respondió con altivez:

—Señor Musiú, V. nada me debe, y entre los hombres de mi ropa no se estila recibir dinero por dejar de ser ladrón. Además, si algún día necesitaría una limosna, antes permitiría morir de hambre que recibirla de gente que pone su lengua malvada en la bendita Madre de Dios.

Los oyentes quedaron estupefactos de tan noble acción. El francés deploraba sinceramente su ligereza de la víspera y repetía admirado: ¡Lo que vale el temor de Dios. . . La religión... lo que vale! y buscaba medio de corresponder a Millán.

La señora de la fonda le sugirió que ambos viajeros concurriesen aquel día a la procesión de rogativa con sendos cirios. Millán lloró casi de alegría al verlos y confesó que nada le hubiera causado tanta satisfacción como verlos rendir culto a la Virgen de la Vega.

Delante de la imagen ardió un gran cirio muchos días, y la gente lo llamaba *el cirio del francés*.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Predicando Jesús de Nazaret cierto día, sobre la salvación y el reino de Dios, se le acercó uno y con gran curiosidad le preguntó:

—Señor, ¿son pocos los que se salvan?

No quiso Jesús responder a la curiosidad ociosa y satisfacer el vano deseo, pero enderezando un poco la respuesta le dijo:

—Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos querrán entrar y no podrán. Entonces será el llorar y rechinar de dientes...

¿Es fácil o es difícil salvarse? Esta es indirectamente la pregunta que querían hacerle a Jesús de Nazaret, cuando le interrogaban sobre el número de los que se salvan.

Dios nos dió una inteligencia, una conciencia, un sentido común y unos medios para poder contestar nosotros mismos a esta pregunta. Los padres de la Iglesia nos ayudarán en este discurrir sobre tan importante problema. Sabemos o debemos saber, cuáles son las condiciones que ha de reunir el pecado mortal, que es la causa de nuestra eterna condenación; por tanto, pongamos todos los medios posibles para que esa circunstancia de estar en pecado mortal no se produzca y así podremos

vivir tranquilos, confiando en la justicia de Dios y sobre todo en su misericordia.

No nos conviene mantenernos en una situación restringida o equívoca por peligrosa. La duda es siempre una posición difícil y ante esta circunstancia lo mejor es decidir la duda consultando el caso y afrontar siempre la posición clara que no inquiete nuestra conciencia y dé lugar a una permanencia en el pecado mortal.

Ante un problema tan importante para nosotros como es el decidir de nuestra situación futura, después de la muerte, no caben despreocupaciones. Es asunto que nos interesa y ante el cual hemos de tener una claridad de conceptos e ideas, adaptándonos completamente a lo que nos dice el sentido común, la inteligencia, y los conocimientos que hemos adquirido respecto al más allá, leyendo o instruyéndonos en asunto tan vital para nosotros.

Es absurdo no resolver esta inquietud que forzosamente ha de preocupar nuestro ánimo. Hemos de resolverla por todos los procedimientos posibles, preguntar, leer, meditar, discutir si es preciso con personas instruidas en la materia. Pero en modo alguno, echar a un lado un problema tan ineludible para cada uno de nosotros, como es el problema del más allá de nuestra vida.

Y después... adaptarse a lo que Dios dicta a los hombres: cumplir sus mandamientos, los de la Santa Madre Iglesia, y que nuestro modo de vivir sea siempre de preparación constante para el caso de que sea instantánea la llamada.

Una vez aceptadas todas las normas católicas del vivir, exagerarlas no nos perjudicará sino que nos harán más felices y nos darán una mayor seguridad para nuestra salvación.

La experiencia dice que cuanto mayor es el acercamiento a Dios, mayor es la felicidad de que se disfruta en este mundo, incluso en medio de las contrariedades y dolores de este valle de lágrimas.

Y Jesús de Nazaret terminó diciendo: —Y he aquí que los últimos serán los primeros...

R.

LA BANDERA INGLESA

En Gibraltar, acaeció el ignorado hecho histórico que voy a referir, tal como se lo he oído contar muchas veces, siendo niño, a mí anciano abuelo.

Cuando Carlos III puso sitio a Gibraltar, se enganchó como voluntario en un regimiento de granaderos cierto joven llamado Andrés, natural de Cádiz, buen mozo, valiente y patriota.

Amaba a una hermosa niña de la misma ciudad, que sintió palpitar de entusiasmo su corazón generoso, como todos los hijos de España, cuando se divulgó por todos los ámbitos de la patria la atrevida empresa de aquel monarca. Dolores que así se llamaba la bella gaditana, habló a su novio de este modo:

—¡Mucho te quiero, Andrés!... Pero

más te quiero muerto que cobarde; más quiero perderte para siempre, que mirarte a mi lado cuando la patria levanta su bandera para rescatar aquella tierra sagrada que traidoramente le arrancaron... Empuña las armas, pelea como bueno, tráeme una prenda de tu bravura, una prenda de victoria, y... ocho días después seré tu esposa.

Andrés no se lo hizo repetir, porque también su corazón le saltaba de entusiasmo en el pecho; aquella noche fué la última que se le vió en la reja de su novia Dolores, y antes de amanecer emprendió la marcha hacia Sevilla, donde se reunían las tropas destinadas al cerco por la línea de tierra.

¡No fué afortunada la empresa del Rey Carlos III. Disponíase, por lo tanto, el ejército sitiador a retirarse, obedeciendo a órdenes superiores, y Andrés, que había prometido distinguirse en la pelea, ni siquiera tuvo la mala suerte de ser herido para llevar la bala a su Dolores en testimonio de bravura, ya que no de victoria, como lo había jurado al despedirse.

—¡Que no puede ser! ¡Vamos, que no!—decía a tres camaradas suyos, cuando arreciaron en el campamento los rumores de próxima retirada.

—¿Y si nos lo mandan?—le replicaba uno.

—Pues haremos algo que merezca la pena el contarlo,—contestaba Andrés.

—Pero, ¿qué has de hacer, hombre?—interpelábale otro de aquellos amigos.

—¡Qué sé yo! Pero he de hacer algo: ¡eal.

Precisamente estaban entonces los cuatro jóvenes a orillas del mar, en frente de una batería medio escondida entre las rocas del Peñón, sobre la cual se alzaba la bandera inglesa.

—¡Vive Dios!—exclamó de pronto Andrés, dándose una palmada en la frente—¿Veis aquellos cañones que nos miran con tan negros ojos desde el Peñón?

—Sí, los vemos—contestáronle sus amigos.

—¿Veis aquella bandera que ondea encima de ellos?

—Perfectamente. ¿Y qué?

—¿Qué? Pues oidme bien: que si el ejército del Rey se retira sin tomar esos cañones, yo no me retiro sin arrancar esa bandera.

Los tres camaradas miraron a Andrés con lástima, como si le tuvieran por loco.

—¿Pero no comprendes que hay mar por medio y las balas inglesas echarán a pique la lancha?—dijo uno por decir algo.

—Iré a nado—replicó Andrés.

—Y te ahogará...

—¡Quiá! soy de Cádiz y nado como un pez.

—¿Cómo has de subir por el talud de la batería?—indicó otro.

—Subiendo. Me serviré de mis pies desnudos, mejor que de mis manos.

—¿Y los centinelas de las garitas?—preguntó un tercer camarada.

—Ni me verán ni me oirán. Ea, mu-

chachos; es cosa hecha... y en tres tiempos.

Los tres voluntarios comprendieron que era inútil por entonces hacer desistir de aquella locura (así lo creían) a su amigo.

Llegó la noche, una noche sin luna, oscurísima, pero serena y templada.

Andrés y uno de sus camaradas, uno sólo que había querido seguirle, llegaron a orillas del mar hacia las doce y media, y el bravo joven, sin vacilar un instante, desnudóse para lanzarse al agua.

—¡Por Dios, Andrés, mira lo que haces!—dijole su amigo dándole un fuerte abrazo.

—Lo he jurado—contestó Andrés—Espérame.

Y se lanzó al mar.

Empezó a nadar suavemente, sin ruido, sin fatigarse, reservando sus fuerzas para la vuelta, y redoblando las precauciones a medida que se acercaba al Peñón, cuya negra mole se destacaba en la oscuridad nocturna.

En la orilla permanecía el voluntario, de pié, inmóvil, con la mirada fija en la fosforescente estela que dejaba en la superficie del mar el cuerpo del audaz nadador.

Y éste siguió el viaje hasta sentir que sus manos tropezaban con la base granítica de la batería; salió entonces del agua, sin el más leve ruido, conteniendo el aliento, ahogando la respiración y comenzó a escalar la roca, en aquel punto casi tajada a pico.

Por encima, en la misma batería, resonaba el paso duro, rítmico, de un centinela, algunas veces también se oía el crujido de la bandera que flotaba encima, a impulsos de la recia brisa del Estrecho.

Y Andrés, acurrucado en un saliente de la roca, esperó un minuto a que el centinela se alejase, y en seguida ejecutó en tres tiempos, como lo había imaginado, su atrevida hazaña; saltó sobre el camino angosto del parapeto, empujó al centinela, que cayó pesadamente al mar, y arrancó la bandera del asta en que ondeaba.

Y arrollándola rápidamente al cuerpo el bravo joven se lanzó al agua, murmurando esta piadosa plegaria: ¡Virgen de los Dolores, valedme!

Pero el centinela agitándose en el remanso donde había caído, lanzaba gritos desesperados.

Y entonces el camarada de Andrés, que esperaba en la orilla, a distancia de un cuarto de legua, se estremeció de miedo al ver el resplandor siniestro que iluminó la batería inglesa, y casi al punto retumbó el estampido de un cañonazo.

—Luego Andrés ha arrancado la bandera? ¿Luego huye después de su hazaña, cuando disparan contra él los cañones del fuerte? ¿Luego se acerca a nado a la tierra patria con la prenda de su victoria?

Y así murmurando y rogando al cielo que le amparase, el leal camarada encendió con chispas de pedernal una linterna sorda que había llevado con-

sigo, de acuerdo con Andrés, y dirigió su luz hacia las aguas que debía cortar el nadador a su regreso.

Y mientras tanto los cañones de la batería continuaban tronando: dos, diez, veinte cañonazos contó el voluntario, y Andrés no llegaba...

¡Oh! aquella incertidumbre cruel parecíale que duraba un siglo, y apenas duró quince minutos.

En un instante, bajo el radio luminoso de la linterna, pudo ver un punto blanquecino en la cresta de una ola, que se movía, que se acercaba, que llegaba a la escueta orilla...

—¡Viva España!—respondió el valeroso joven.

Y Andrés llegó bien pronto a tierra, y estrechó en sus brazos a su camarada.

—¿Sabes lo que me ha divertido?—decíale Andrés mientras se vestía para regresar al campamento—Pues no ha sido el susto del centinela, ni la cara que habrán puesto los ingleses de la batería al ver el palo sin bandera; ha sido la pólvora gastada en salvas para celebrar mi victoria...

Andrés, levantado el cerco, regresó a Sevilla con su regimiento, y obtuvo en el mismo día la licencia absoluta.

Y marchó a Cádiz, y puso a los pies de su novia Dolores la bandera inglesa que el heroico joven había arrancado de la batería de Gibraltar, diciendo:

—Toma esa prenda de victoria para que te sirva de alfombra. Cumplí mi juramento.

—Y yo cumpliré el mío, Andrés,—contestó la noble niña.

A los ocho días se casaron.

Y tal vez los restos de aquella bandera se guarden todavía como blasón de gloria.

J. DE B.

Arbol muerto

Arbol muerto
que estás pidiendo limosna
al pie del sendero.

La mortaja de tus hojas
secas al soplo del viento,
te dejó desnudo
todo el cuerpo.

Tristes ecos
del pájaro en un responso
suenan en tu cementerio.

¿Eres tú, o tu ataúd
ese tronco seco
que estoy viendo?

¿Eres tú, o eres la estatua
de tu propio mausoleo?
Glorioso de primaveras,
panteón de los inviernos,
por fuera eres tu ataúd,
ly tú, dentrol

Hermenegildo Rodríguez

CONSEJOS

EL CARACTER

El carácter puede ser educado, dirigido, controlado por el individuo. Efectivamente, existen varias circunstancias que originan la diversidad de caracteres que nacen muchas veces en la misma naturaleza del hombre o son originados por circunstancias posteriores a su nacimiento.

En cualquier caso, el carácter puede ser modificado y hacer de él un elemento a nuestro buen servicio.

Los principios de nuestra religión y la educación misma, pueden ayudarnos a encauzar este aspecto de nuestra vida social. Y también la voluntad al servicio de la educación del carácter, nos puede resolver la preocupación que puede originarnos una anomalía de nuestros impulsos.

Primeramente hemos de darnos cuenta que vivimos en sociedad, y en consecuencia, hemos de tener consideraciones con las demás personas que nos rodean en nuestra vida de relación,

Nuestros impulsos, en caracteres fuertes y fáciles a dejarse llevar de la ira, pueden ser educados por un esfuerzo de la voluntad al servicio de la inteligencia. Los demás no tienen por qué aguantar nuestra fácil impertinencia, sino que tienen derecho a un respeto que nuestro carácter incontrolado les niega, pues es muy corriente que ellos tengan más razón que nosotros; pues con más serenidad y buen juicio, su inteligencia funciona más normalmente que la nuestra cuando la pasión ofusca la razón.

Hay quien presume de hombre de genio, cuando en realidad no es más que un hombre para el cual la educación ha estado de más, y la sociedad se la imagina siempre a su servicio y dándole la razón por la fuerza de sus voces y aspavientos. Los otros, más educados, prefieren no seguir discutiendo con quien no admite discusión ni opiniones en contra.

Poco a poco pueden dominarse estos apasionados momentos, a fuerza de meditación y de poner la voluntad a su servicio para ir corrigiendo este defecto de dejarse llevar de su criterio personal, creyéndose siempre con la razón, incapaz de equivocarse y admitiendo más dogmas de los que tiene establecidos la Santa Madre Iglesia.

Pongamos la voluntad al servicio de nuestro carácter y procuremos dulcificar nuestras conversaciones con el prójimo a fin de poder establecer una mayor armonía con nuestros semejantes.

Ya sé que es muy fácil dar consejos, pero siempre se puede sacar algún fruto al hacernos meditar sobre estos problemas que a diario se nos plantean y cuyos defectos vemos en el prójimo sin que por eso vayamos a creer que no tengamos una buena viga en nuestro ojo, como dice el refrán castellano.

Por eso, os aconsejo, que no pensemos que esto va por Fulano o Mengano; comencemos pensado, si no irá por nosotros mismos.

J. M.

Siete reglas de oro

Preguntaron a un sencillo campesino cómo había logrado educar con tan espléndido éxito a sus hijos. Cuatro de ellos habían estudiado y alcanzado el título de Doctor; uno era sacerdote y profesor de Universidad, los otros tres eran abogados, y todos se distinguían por su ejemplar conducta. El campesino preguntado así contestó con toda sencillez:

—El que he educado con más esmero es mi hijo mayor, su ejemplo influía benéficamente en la educación de los menores, así que tuve con ellos menos trabajo. En lo demás he observado las reglas siguientes:

«Nunca exigí nada de mis hijos que no hiciera yo primero; y siempre he pensado bien lo que les mandaba.

«Exigí siempre pronta obediencia; los hijos deben convencerse de que es su deber; la obediencia debe hacerseles costumbre.

«Dí a mis hijos pruebas de cariño, mas cuidando siempre de que no me perdiesen el respeto.

«Nunca sufrí contradicciones ni protestas de su parte.

«En presencia de los hijos es preciso que cuiden los padres de estar en perfecta armonía entre sí y que no encuentren los hijos en la conducta de uno de los dos un pretexto para sustraerse a los mandamientos de Dios o de la Iglesia.

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas onduladas
Tubos, Depósitos, etc.

Covadonga, 27 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

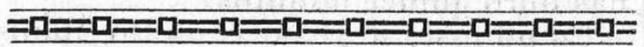
Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

«He acostumbrado a mis hijos desde niños al trabajo, sin perder de vista el cuidado por su salud.

«Todos los días los he encomendado a la protección de Dios.

Si los padres observasen estas reglas, se ahorrarían muy tristes experiencias cuando los hijos han llegado ya a cierta edad.



Comentando

LA RECETA

Un joven médico amigo mío que acostumbraba detenerse en mi farmacia para charlar un rato, me contó en cierta ocasión que uno de sus nuevos pacientes era tan desaseado que en el consultorio la gente rehusaba sentarse junto a él. Yo, riendo, aconsejé a mi amigo que lo sometiera a un tratamiento hidroterápico. No volví a pensar más en el asunto hasta que algunos días después vi entrar en la farmacia a un joven desaliñado y sucio que me alargó esta receta para que se la despachase en seguida.

«R.—Luxis saponis, 1 pastilla. Instrucciones: Después de humedecer la pastilla en agua caliente, frótese con ella todo el cuerpo hasta cubrirlo bien de espuma. Déjese esa capa por cinco minutos y lávela luego con agua tibia. Repita la operación durante siete noches consecutivas, y luego dos o tres veces semanales, cambiándose de ropa a la mañana siguiente.»

Fui al cuarto donde se preparan las recetas, puse una pastilla de jabón—después de quitarle la envoltura—en una cajita

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

cuadrada de las que se usan para píldoras, y le pegué el rótulo con las prescripciones del facultativo, tal como se hace con todos los medicamentos.

Dos semanas después entró con paso elástico en la farmacia el mismo joven, pero ya muy cepillado y limpio; me extendió la caja para que volviera a despacharle la fórmula, y cuando así lo hube hecho, exclamó:

—Ese médico es una maravilla. Me dijo que mi caso no necesitaba sino este tratamiento, que es el usado en los mejores establecimientos de baños medicinales, y el cual podía aplicarme yo mismo. ¡Qué acierto tiene el hombre! Nunca me había sentido mejor en mi vida.

Sustituto

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

César A. Prieto

PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)